

Marcel Proust: *En busca del tiempo perdido* (séptima parte): “El tiempo recobrado” o la epifanía en la génesis de la creación literaria proustiana

■ ■ Clemente Apolinar Pérez Reyes*

Introducción

“El tiempo recobrado” constituye el séptimo y último volumen de *En busca del tiempo perdido*. Su narrativa se ambienta en el París de la Primera Guerra Mundial, presenta el deterioro de los personajes y las consecuencias que el transcurso del tiempo ha dejado en ellos.

Lo anterior representa el plano visible o superficial de la obra; el plano profundo o “iceberg”, es la génesis literaria surgida del recuerdo involuntario, provocados por elementos como la magdalena, la losa desigual en la entrada del hotel de la princesa de Guermantes, el crujido de la servilleta almidonada y el tintineo de la cuchara en el plato, escuchados (estos dos últimos) por primera vez en Balbec. El recuerdo de dichos elementos reaparece de manera constante en diversos episodios de la obra, aunque el recuerdo más preciso, la epifanía¹ que lo retrotrae a los recuerdos más remotos con todos sus detalles ocurrió en la biblioteca del palacio de la princesa de Guermantes. La magdalena y la losa desaparecieron en París, la servilleta almidonada y el golpe de la cuchara en el plato, en Balbec.

En “La fugitiva”, sexto volumen de la novela, analizado en el número anterior de *Reforma Siglo XXI* (número 126, publicado en junio de este año), advertimos cómo Proust aceleró la acción y presentó el destino final de algunos de los personajes, y de otros describió el principio de su etapa postrera, su deterioro físico y moral sin que éstos estuvieran exentos de sorpresas mayúsculas para los lectores que hayan tenido la paciencia de recorrer, línea por línea las más de tres mil páginas de esta novela catedral.

*Licenciado en Letras Españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Maestro “Medalla Rafael Ramírez”. Fundador y editor responsable por más de 15 años de la revista *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria No. 3. En 2017 recibió el reconocimiento Libros UANL por su contribución al libro y la lectura por editar la revista *Reforma Siglo XXI*. En 2019 la UANL lo nombró Profesor Emérito. Actualmente maestro jubilado de educación media básica y media superior.

¹ Manifestación, aparición o revelación.

En busca del tiempo perdido

Primer volumen: “Por el camino de Swann”

Primera parte: “Combray”

Segunda parte: “Unos amores de Swann”

Tercera parte: “Nombres de tierras: El nombre”

Segundo volumen: “A la sombra de las muchachas en flor”

Primera parte: Gilberta Swann y Odette de Crecy

Segunda parte: Balbec y las muchachas en flor

Tercer volumen: “El mundo de Guermantes”

Primera parte:

En el hotel de los Guermantes y el salón de la señora de Villeparisis

Segunda parte:

Capítulo primero: Enfermedad y muerte de la abuela de Marcel

Capítulo segundo: Los zapatos rojos de la duquesa

Cuarto volumen: Sodom y Gomorra

Primera parte

Capítulo único: La homosexualidad del barón de Charlus al descubierto

Segunda Parte

Capítulo primero: Las intermitencias del corazón (El salón de la princesa de Guermantes y el recuerdo de la abuela)

Capítulo segundo: Los misterios de Albertina

Capítulo tercero: Las tristezas del barón de Charlus

Capítulo cuarto: Brusca mudanza con relación a Albertina

Quinto volumen: La prisionera

El quinto tomo externamente tiene dos secciones, pero internamente tiene una estructura de sonata: exposición desarrollo reexposición.

Primera sección: Los celos de Marcel hacia Albertina (exposición)

Segunda sección: El salón Verdurin (desarrollo). Los celos de Marcel hacia a Albertina (reexposición)

Sexto volumen: La fugitiva

Primera parte: La desaparición de Albertina

Segunda parte: El anhelado viaje a Venecia

Séptima parte

Primera parte: El regreso a Combray

Segunda parte: La guerra

Tercera parte: La matinée de la princesa de Guermantes. Recuperación del Tiempo. Epifanía de la creación literaria.

Episodio final de “La fugitiva”

La muerte de Proust, particularmente por las circunstancias en que ocurrió, favorecen que este autor francés sea uno de los escritores peor editados. Esta obra, en su séptima parte, alcanza su conclusión, es decir, el final de *En busca del tiempo perdido*.

He trabajado con la edición de Alianza Editorial, traducción iniciada por Pedro Salinas, continuada por José María Quiroga Pla y finalizada por Consuelo Berges. Sin embargo, la edición más destacada es la de Mauro Armijo, para la editorial Valdemar quien integró en el cuerpo de la narración las tarjetas añadidas por Proust al revisar los últimos tomos, que “La Pléiade”, editorial de donde provienen las versiones de Alianza, incluyó como notas al pie de página.

Agrego aquí el final de “La fugitiva”, por considerarlo de mucha importancia para tener una visión completa de la estructura social a la que Proust tanto criticó y para tener íntegro el caleidoscopio social parisiense de la época de la Tercera República Francesa y el Segundo Imperio Alemán, rivalidad que llevó a la Primera Guerra Mundial.

Como ya es habitual en Proust, el inicio de este último libro “El tiempo recobrado” es el episodio final de “La fugitiva”, es decir, se traslapa con “El tiempo

recobrado”. Este final aborda el regreso del narrador con su madre del viaje de Venecia, que comenté muy apresuradamente en la colaboración anterior.

Durante el trayecto de regreso el narrador y su madre realizan comentarios acerca de dos matrimonios sorprendentes: el primero es el de Roberto de Saint-Loup con Gilberta Swann, quien había adoptado el nombre del nuevo marido de Odette de Crécy, el conde de Forcheville. Gilberta es ahora Gilberta de Forcheville, sí, de aquel Forcheville que le provocó en “Unos amores de Swan” crisis de celos a Charles Swann. ¡Oh, ironía!, con él termina casándose Odette. Por lo tanto, la duquesa de Guermantes, quien juró que nunca conocería a la hija de Swann, ni mucho menos a la esposa, es ahora tía de Gilberta porque se casa con su sobrino Roberto de Saint-Loup. Con este matrimonio, la odiada hija de Swann se convierte en una Guermantes. Ironía sobre ironía.

El segundo matrimonio sorprendente es el de la sobrina de Jupien, quien, abandonada por Morel, había sido adoptada por monsieur de Charlus y le había otorgado un nombre nobiliario: mademoiselle D’Oloron, a quien los bonos en la bolsa de valores social le crecen desmesuradamente pues acaba casándose con el hijo de los Cambremer. A su muerte, una semana después de su boda, se reúne toda la realeza europea, desfilando en condolencia sin fin:

En la esquila de defunción figuraban, junto a nombres como Jupien, casi todos los más grandes de Europa, como los de los vizcondes de Montmorency, de S. A. R., la condesa de Bourbon-Soissons, del príncipe de Modene-Este, de la vizcondesa de Edumea, de Lady Essex, etc. Seguramente el nombre de todas estas grandes alianzas no podía sorprender, ni siquiera a quienes sabían que la difunta era hija de Jupien. Porque lo importante es tener una gran alianza. (Proust, 2021, pp. 326-327)

El caso de este desfile se debe a las grandes alianzas europeas, conocido como *casus foederis*:

De este modo, interviniendo el *casus foederis* [el motivo de la alianza], la muerte de la pequeña plebeya pone en luto a todas las familias principescas de Europa. Pero muchas personas de las nuevas generaciones, y que

no conocían las posiciones reales, aparte de que podían tener a María Antoinette D'Oloron, marquesa de Cambremer, por una dama de la más alta estirpe, podrían cometer otros muchos errores leyendo aquella esquelera de defunción. (Proust, 2021, p. 327)

De esta manera termina “La fugitiva”, de sorpresa en sorpresa, para iniciar “El tiempo recobrado”, con un caleidoscopio social sorprendente y con un narrador que asume como nunca el papel de narrador en primera persona, para acceder subjetivamente a la revelación final de su vida.

El regreso a Combray

El tiempo tiene carácter circular. En *En busca del tiempo perdido* se manifiesta en muchas situaciones. Esta característica de circularidad se hace presente en la primera parte que provisionalmente, a falta de capítulos o secciones, la he titulado el regreso a



En busca del tiempo perdido 7 El tiempo recobrado

Proust

Alianza editorial

Combray donde se narra la visita que Marcel realiza a Gilberta de Saint-Loup en Tansonville, visita que permite al narrador recordar su infancia y por lo tanto resignificarla:

Ocurría que Gilberta me dejaba caminar sin ella, y yo me adelantaba, dejando atrás mi sombra, como un barco que sigue navegando a través de las superficies encantadas; generalmente me acompañaba. Estos paseos solían ser mis paseos de niño: ¿Cómo no iba a sentir más vivamente aún que antaño camino de Guermantes el sentimiento que nunca sabría escribir, al que se sumaba otro, el de que mi imaginación y mi sensibilidad se habían debilitado, cuando vi la poca curiosidad que me inspiraba Combray? ¡Qué pena comprobar lo poco que revivía los años de otro tiempo! ¡Qué estrecho y qué feo me parecía el Vivonne junto al camino de sirga! No es que yo notase grandes diferencias materiales en lo que recordaba. Mas, separado de los lugares que atravesaba por toda una vida diferente, no había entre ellos y yo ninguna contigüidad en la que nace, incluso antes de darnos cuenta, la inmediata, deliciosa y total deflagración del recuerdo. (Proust, 2017, p. 8)

Los dos episodios de Combray, el de la niñez y el del Marcel adulto, son como dos pilares o columnas. El episodio correspondiente a la niñez, contenido en “Por el camino de Swann” y el del Marcel adulto (pilar dos), presente en “El tiempo recobrado”, “constituyen un díptico literario que preparan arquitectónicamente para coronar esta catedral de palabras que es ‘En busca del tiempo perdido’” (Pimentel, 2022).

El segundo pilar (Combray 2) nos rectifica y resignifica lo vivido por el narrador en su infancia. Los caminos no son opuestos, como siempre pensó Marcel. Por el contrario, geográfica, irónica y socialmente se unen, pues Gilberta, la hija de Swann se convierte en una Guermantes gracias a su inmensa fortuna y a su matrimonio con Roberto de Saint-Loup:

Pero, y esto no afecta a su valor propio, recuerdo que en aquellas conversaciones que teníamos en el paseo, varias veces me causó gran extrañeza. Una de ellas, la primera, diciéndome: «Si no tuviera usted mucha hambre y si no fuera tan tarde, tomando ese

camino de la izquierda y girando luego a la derecha, en menos de un cuarto de hora estaríamos en Guermantes» [...]² Y la tercera fue cuando Gilberta me dijo: «Si quiere, podremos de todos modos salir un día después de almorzar y podemos ir a Guermantes, yendo por Méséglise, que es el camino más bonito», frase que, trastrocando todas las ideas de mi infancia, me enseñó que uno y otro camino no eran tan irreconciliables como yo creía. (Proust, 2017, p. 9)

Así, “Le coté de chez Swann” (“Por el lado de Swann”, traducida “Por el camino de Swann”) representa la burguesía, es decir, los ricos sin ningún título nobiliario y “Le coté de Guermantes” (“Por el lado de Guermantes”) la nobleza, los que terminan uniéndose, como Gilberta y Saint-Loup.

En este volumen el narrador describe la epifanía que experimentará y lo llevará a la literatura. Han pasado seis volúmenes y la vida para Marcel tiene sentido gracias al arte y a su vida social en los diversos salones parisinos: Guermantes, Villeparisis, Verdurin, etc. Desde el primer tomo confiesa su afición literaria. Acude con Bergotte, quien le pide que escriba y le muestre lo que ha escrito, pero no logra convencer al maestro. Cuando se despiden de Gilberta de Saint-Loup se lleva prestado el *Diario* de los hermanos Goncourt en el que, en una entrada, se describe una fiesta en el salón Verdurin. Se desencanta de la prolija descripción de personas y objetos que realizan los Goncourt y empieza a meditar en las dificultades de la creación literaria. Sobre todo, las que él experimentó a lo largo de su vida. (Recuérdese que en “La prisionera” hay una mención en el sentido de que el periódico *Le Figaro* le había publicado un artículo y que Albertina constantemente le pedía que se pusiera a escribir). En París, a su regreso de su visita a Combray, escribe:

Estas ideas, que tendían unas a disminuir, otras a aumentar mi pesar por no tener dones para la literatura, no se presentaron nunca en mi pensamiento durante los largos años en los que, por lo demás, había renunciado por completo al proyecto de escribir y que pasé lejos de París, en un sanatorio, hasta que este sanatorio no pudo ya encontrar personal médico, a principios de 1916. Entonces volví a un París muy diferente de aquel al que ya había vuelto una vez, como se verá en seguida, en agosto de 1914, para una consulta médica, después de lo cual retorné a mi sanatorio. (Proust, 2017, p. 48)

Lo interesante del *Diario*³ de los Goncourt es que el texto que leyó Marcel y que le provocaron tantas dudas acerca de su capacidad para escribir, no es de los hermanos Goncourt, sino que Proust mismo lo escribió imitando el estilo de los Goncourt atribuyéndoselo a éstos. Es decir, lo que el lector encuentra en las páginas proustianas es solo un pastiche, no pretenda buscarlo en el *Diario* de los Goncourt, pues ellos no lo escribieron.

Allá en Combray, en el Combray de su idílica infancia, Marcel había abrigado la ilusión de convertirse en escritor. Luz Aurora Pimentel (2022), describe este recuerdo de la siguiente manera:

[...] la contemplación de los campanarios de Martinville lo habían llevado al éxtasis y al atisbo de la vocación que culminó en un acto de escritura. Aquí, en el segundo Combray, tantos años después, en la vejez, la lectura del *Diario* de los Goncourt, lo lleva al nadir de la desesperanza. Si este registro puntual de los objetos de la realidad con un barniz estético es la literatura, entonces para el narrador ya no hay esperanza porque es un camino que no le interesa recorrer, ni ese ni el de la literatura realista que pretende ser un fiel reflejo de la realidad y no es otra cosa que el inventario banal de los objetos que pueblan el mundo de lo real.

2 La segunda sorpresa (que omito en este trabajo para evitar su elongación) se refiere a las fuentes del río Vivonne, que corría paralelo al camino de Swann, que Marcel niño creía tan extraordinario y en el regreso a Combray se lo encuentra como ha sido siempre: un riachuelo cuyas fuentes “no era más que un lavadero cuadrado del que salían burbujas” (Proust, 2017, p. 9).

3 Los hermanos Edmond y Jules de Goncourt fueron precursores del naturalismo francés, destacando por sus novelas detallistas y su monumental *Diario* (1887-1896), retrato de la vida parisina del siglo XIX. Información recuperada de Wikipedia, el 1° de marzo de 2026.

La guerra

La desesperanza de Marcel es la transición hacia la segunda parte de “El tiempo recobrado”. Nos encontramos de pronto con que el narrador entra y sale de los sanatorios. Esta circunstancia coincide con la guerra y, en sus breves regresos, Marcel puede apreciar que no obstante encontrarse un París devastado por la guerra, mantiene la misma mundanidad de siempre: han cambiado muchas cosas, principalmente los temas, que ahora se refieren sobre todo a asuntos relacionados con la guerra.

Esta parte inicia con un episodio donde reaparece el barón de Charlus en plena decadencia. En “La prisionera”, dos libros atrás, en el salón Verdurin, se produce la estrepitosa caída de Charlus: una caída pura y estrepitosamente social. En nuestra colaboración del número 125 de *Reforma Siglo XXI*, dimos cuenta de cómo su prima, la reina de Nápoles, lo rescató del escarnio al que lo había sometido madame Verdurin, por no haberla presentado a los aristócratas que Charlus había invitado. Cayó enfermo el barón, estuvo a las puertas de la muerte, pero se recuperó y ya no lo volvemos a ver ni en “La prisionera” ni en “La fugitiva”, hasta muchos años después, en plena guerra, cuando Marcel, en una de sus salidas del sanatorio, al dirigirse a casa de madame Verdurin, casualmente lo encuentra:

Resulta, pues, que queriendo ir a casa de madame Verdurin, me encontré con monsieur de Charlus. Y desde luego, no lo hubiera encontrado en aquella casa como antaño; su enfado no había hecho sino agravarse y madame Verdurin aprovechaba hasta los acontecimientos presentes para desacreditarlo más. Había dicho ya hacía mucho tiempo que le encontraba gastado, acabado, más pasado de moda en sus pretendidas audacias que los más *pompier*s, y ahora resumía esta condenación y la alejaba de todas las imaginaciones diciendo que era «de antes de la guerra». Para el pequeño clan, la guerra había hecho, entre él y el presente, un corte que le relegaba al pasado más muerto. Por otra parte —y esto se dirigía más bien al mundo político que estaba menos enterado—, le presentaba como tan ridículo, tan fuera de la circulación como posición mundana que como valor intelectual. «No ve a

nadie, no le recibe nadie», le decía a monsieur Bontemps, al que convencía fácilmente. Desde luego, había algo de verdad en estas palabras. La posición de monsieur de Charlus había cambiado. Cada vez menos interesado por el gran mundo, indisponiéndose siempre con todos por su carácter quisquilloso [...] vivía en un relativo aislamiento que no se debía, como la soledad en que murió madame de Villeparisis, al ostracismo impuesto por la aristocracia, pero que para el público resultaba peor por dos razones. (Proust, 2017, pp.100 y 101)

En tanto, ¿qué pasa con otro de los Guermantes, Roberto de Saint-Loup? Como sabemos, Saint-Loup es el gran amigo del narrador, pero también un noble que desdeña su alcurnia y prefiere la dimensión artística (literatura, pintura, etc.) como todos los Guermantes. Saint-Loup es uno de los personajes poliédricos y contradictorios de *En busca del tiempo perdido*. En el último volumen de esta singular novela aparece casado con Gilberta Swann, aquel gran amor adolescente del narrador. Ahora, transcurridos los años, está casado con Gilberte o Gilberta, pero no por amor, sino por su enorme fortuna y dándole celos a Rachel, la novia que utiliza como pantalla para ocultar su gran pasión por los hombres, porque al final, en “El tiempo recobrado”, Roberto de Saint-Loup, sobrino de Charlus, se enamora perdidamente de Morel. Sí, improbables lectores: “Se lo bajó al tío”, como desenfadadamente expresa Luz Aurora Pimentel (2022).

Saint-Loup también sufre de celos por el violinista, pues éste lo engaña, tanto con hombres como con mujeres. En este contexto de la *Belle Époque* y de la alta sociedad parisina, en el que las infidelidades era cosa de todos los días y de lo más normal, es explicable la actitud de Gilberta ante la conducta de Saint-Loup. Gilberta estaba tan celosa de Rachel, pero para agradar a Roberto se maquilla y se viste como ella para ver si el desleal y traidor la quiere un poquito. Esta ilusión o esperanza de Gilberta es del todo inútil, pues ya a estas alturas ambos, Rachel y Roberto, ya no se aman. Ese amor es más que una leyenda, una pantalla.

Aunque ya no es sorpresa, porque al final de “La fugitiva” Roberto le había confesado a Marcel sus inclinaciones sexuales, Marcel se sorprende al ver a Saint-Loup salir del burdel de hombres y perder allí su cruz de hierro de héroe de guerra:

Una cosa me impresionó, y no fue su cara, que yo no veía, ni su uniforme, disimulado en una gran hopalanda, sino la extraordinaria desproporción entre el número de puntos por donde pasó su cuerpo y los pocos segundos en que se realizó aquella salida, que parecía la de un sitiado que intentara escapar. De modo que pensé, aunque no lo reconocí formalmente, no diré ni siquiera en el tipo, en la esbeltez, en el modo de andar ni en la rapidez de Saint-Loup, sino en la especie de ubicuidad que le era tan característica [...] Los asistentes [al burdel de hombres, a donde el narrador había ingresado pues en la oscuridad de París se había perdido y entró con el fin de pedir algo de beber, pues la caminata le había producido sed] estaban muy preocupados por una cruz de guerra que se había encontrado en el suelo y no se sabía quién la había perdido, a quien devolverla para evitar un castigo. (Proust, 2017, pp. 160 y 170)

Allí perdió su condecoración militar, aunque de todos modos acaba su vida de una manera heroica pues su extraordinario valor y entrega lo llevan a dar la vida para salvar a sus hombres en alguna de las inmortales batallas de esta guerra.

Marcel, quien ha estado enfermo e internado en un sanatorio (*Maison de santé*) regresa a París en 1916 para encontrarse con una sociedad inmersa en el chismorreó de la guerra. En esta sección se asume un narrador testigo que no está involucrado en la acción bélico-social. Esta modalidad le permite al narrador no involucrarse en acciones de guerra ni sociales. De allí este gran hueco en la narración, pues el narrador ha estado confinado en una casa de salud por lo menos cuatro años si no es que más, ya que éste menciona dos fechas (algo inusitado en *En busca del tiempo perdido*): 1914 y 1916, los años de la Primera Guerra Mundial.

En estas fechas, dos salones sobresalen en París: el de madame Verdurin y el de madame Bontemps. Han quedado en una posición privilegiada lo que les permite convertirse en centros de información autorizados “a los que acuden en tropel toda la alta aristocracia francesa que antes los había desdeñado” (Pimentel, 2022). Es decir, en la ciudad Luz la aristocracia y la gran burguesía continúan ofreciendo recepciones solo que la época exige cambiar de temas, aunque se continúe con las formas vacías, es decir, siguen siendo los salones de la nada.

Pero a pesar de todo las conversaciones de la sociedad parisina, en el fondo no difieren de la época anterior a la guerra. El tono era el mismo, solo cambiaba ligeramente el tema. El cambio que presupone la guerra está solo en la imaginación de los contertulios. El cambio imaginario tal vez se deba a que el salón de madame Verdurin sigue operando, aunque ahora con un prestigio que nunca tuvo, ostentando una nueva localidad, con un lujo renovado. Las distracciones de la burguesía y la nobleza han dado un giro: impulsado por la caridad se toma té en torno a una mesa de bridge. El Louvre, el famoso museo, ha sido cerrado por la incompatibilidad del arte con la guerra. Proliferan los desfiles de moda, cuyos diseños pasan de la sofisticación a la sencillez:

Estaban cerrados el Louvre y todos los museos, y cuando se leía en el título de un artículo de periódico: «Una exposición sensacional», se podía estar seguro de que se trataba de una exposición no de cuadros, sino de vestidos. (Proust, 2017, p. 49)

[...]

En cuanto a la caridad, pensando en todas las miserias nacidas de la invasión, en tantos mutilados, era muy natural que se viera obligada a hacerse «más ingeniosa aún», lo que obligaba a las damas de alto turbante a pasar el final de la tarde en los téés alrededor de una mesa de bridge. (Proust, 2017, p. 51)

De esta manera la sociedad parisina en general construye un nuevo discurso social para reproducir una participación de manera análoga o metonímica, apropiándose de la guerra para justificar sus actividades más vacías. Con este contexto ambas actividades, la social y la bélica, continúan:

Mientras tanto la guerra se prolongaba indefinidamente y los que habían anunciado de buena fuente, desde que ya hacía algunos daños, que habían comenzado las negociaciones de paz, específicamente las cláusulas del tratado, no se tomaba el trabajo, cuando hablaba con nosotros, de disculparse por sus falsas noticias. Las habían olvidado y estaban dispuestos a propagar sinceramente otras que se olvidarían con la misma rapidez. Era la época en que había continuamente incursiones de los *gothas*; el aire chisporroteaba continuamente con una vibración vigilante y



Proust en el Boulevard Bineau, en Neuilly-Sur-Seine, en 1891. Fuente: El Mundo.

sonora de aeroplanos franceses. Pero a veces resonaba la sirena como una desgarradora llamada de *Walkure* —única música alemana que se oyera desde la guerra— hasta que los bomberos anunciaban que había terminado la alarma, mientras a su lado la fajina, como un chicuelo invisible, comentaba a intervalos regulares la buena nueva y lanzaba al aire su gusto de júbilo. (Proust, 2017, p. 117)

Salvo algunas excepciones, los personajes de *En busca del tiempo perdido* que viven el instante, su universo de valores está valorado negativamente porque el presente no tiene sentido si se desliga del pasado, ya que son incapaces de proyectar el futuro. Los seres que viven exclusivamente en el presente, sacerdotisas de la nada —como es el caso de la

duquesa de Guermantes y de madame Verdurin— oficiando para los reyes del instante, viven una vida separada en sí mismas, una vida sin sentido.

La matiné de la princesa de Guermantes

Esta última parte no solo lo es de “El tiempo recuperado”, sino de todo *En busca del tiempo perdido*. Se constituye como un gran final sinfónico de todos los temas que Proust desarrolló a lo largo de toda la obra. Es también la liquidación de sus personajes, de su destino final, con excepción del narrador, quien también fue un personaje y gracias a que experimenta una epifanía que complementa la experiencia de la magdalena narrada en el primer volumen de la obra, recupera, mediante la memoria

involuntaria, el recuerdo límpido de su vida hasta ese momento. Así es como Marcel, ya al final de sus años y ante las puertas de la muerte, se dispone a narrar todas sus vivencias, gracias a tres experiencias de memoria involuntaria más: El tropiezo con la baldosa en el patio, el tintineo de una cuchara al chocar con un plato y el crujido de una servilleta al ser desdoblada. Lo que el lector ha leído, entonces, aún no se ha escrito, lo conocerá gracias a la circularidad del tiempo y a la memoria del narrador. A su vez, Proust procede a la liquidación de una época, de una sociedad decadente, porque “[...] La historia del mundo contada a lo largo de toda *La Recherche* no es otra cosa que la historia de una decadencia [...]” (Flor Méndez, 2016).

Luz Elena Pimentel (2022) señala que este último volumen se aborda desde una perspectiva filosófica. Marcel Proust integra temas filosóficos, sociológicos y psicológicos a través de personajes y situaciones, y demuestra gran habilidad como crítico literario. Sin embargo, su enfoque filosófico no es sistemático, sino que está integrado en la narrativa y los acontecimientos. Dos figuras de esta célebre novela, a quienes apenas hemos hecho referencia de manera incidental a lo largo de las más de 150 páginas del presente ensayo, son Legrandin y Bloch, representantes paradigmáticos de formas contrapuestas de esnobismo. Bloch, amigo judío de Marcel, expresa opiniones originales principalmente sobre política y sociedad, que Marcel narra con admiración. Como otros personajes de *En busca del tiempo perdido*, sus ideas evolucionan a lo largo de la obra. Todo se analiza desde una perspectiva filosófica:

Marcel Proust hace una filosofía narrativamente encarnada, es decir, la filosofía encarnada en el tiempo, válida para los sucesos como para los personajes [...] Pero a diferencia de Montaigne,⁴ los ensayos filosóficos de Proust no se dan en el espacio definido por el tema a desarrollar en un solo capítulo, sino que evolucionan junto con los personajes y los acontecimientos que vuelven para ser resignificados, para ser repensados. (Pimentel, 2022)

Marcel había experimentado, ya adulto, el episodio de la magdalena que le despertó involuntariamente sus recuerdos más remotos, en los que todo lo

vivido en su infancia en Combray es recordado en rápida sucesión. Todo Combray desfila por su mente. Sin embargo, no es esta la epifanía que lo sacará de su imposibilidad creadora. En esta ocasión, ya envejecido, en el patio del hotel del príncipe de Guermantes, le ocurre otra situación semejante a la de la magdalena:

Pero a veces, en el momento en que todo nos parece perdido, llega la señal que puede salvarnos; hemos llamado a todas las puertas que no dan a ningún sitio, y la única por la que podemos entrar y que habríamos buscado en vano durante cien años, tropezamos con ella sin saberlo y se nos abre [...] Rumiando los tristes pensamientos que decía hace un momento, entré en el patio del hotel de Guermantes, y en mi distracción no pude ver un coche que avanzaba; el gro del *watman* solo me dio tiempo para apartarme bruscamente, y retrocedí lo bastante para chocar sin querer contra el pavimento bastante desigual tras el cual estaba la cochera. Pero en el momento en que, rehaciéndome, puse el pie en una losa lo bastante alta que la anterior, todo mi desaliento se esfumó ante la misma felicidad que, en diversas épocas de mi vida, me dio la vista de los árboles que creí reconocer en un paseo en coche alrededor de Balbec, la vista de los campanarios de Martinville, el sabor de una magdalena mojada en una infusión, tantas otras sensaciones de las que he hablado y que las últimas obras de Vinteuil me parecieron sintetizar. Igual que en el momento en que se saboreaba la magdalena, desaparecieron toda inquietud sobre el porvenir, toda duda intelectual. Las que me asaltaron un momento antes sobre la realidad de mis dotes literarias y hasta sobre la realidad de la literatura se disiparon como por encanto. Sin haber hecho ningún razonamiento nuevo, sin haber encontrado ningún argumento decisivo, las dificultades, insolubles un momento hace, perdieron toda importancia. (Proust, 2017, pp. 233 y 234)

El narrador menciona dos lugares significativos en los que vivió experiencias memorables: Combray y Venecia. Señala que, aunque no comprende del todo el motivo, la muerte parece perder relevancia ante la intensidad de esa felicidad: “Mas ¿por qué en uno y en otro momento, las imágenes de Combray

⁴ Literato francés creador del ensayo como género literario.

y de Venecia me dieron un goce parecido a una certidumbre y suficiente, sin más pruebas, para que la muerte no me importara?” (Proust, 2017, p. 235).

El milagroso paso en falso le provoca una sensación idéntica a la que sintió en Venecia, al pisar las baldosas de la plaza de san Marcos. Este tropiezo le devuelve la realidad de la vida al ponerlo en comunicación íntima y total con un fragmento de tiempo en estado puro. En la experiencia de las baldosas del palacio del príncipe de Guermantes, todas las condiciones que le preceden repiten la experiencia de la magdalena, experiencia fundadora de todo el relato. Las etapas son la felicidad inexplicable, el intento de repetir la sensación volviendo sobre sus pasos, y el facsímil espiritual. La diferencia es que ahora las etapas mencionadas se abrevian, se suceden vertiginosamente.

Un poco más tarde, ya en la biblioteca del príncipe de Guermantes, vuelve a experimentar esa sensación milagrosa que lo conecta con el pasado. El crujido de la servilleta almidonada al contacto con sus labios le trae todo Balbec. El ruido y la cuchara contra el plato lo regresa al momento en el tren hace apenas unas horas, cuando constataba con tristeza que había perdido la capacidad de sentir conectarse espiritualmente con las formas del mundo. Simultáneamente y sin que la percepción estuviera en el centro de su atención, sus oídos percibieron el ruido de un martillazo contra las ruedas del tren. Ahora, una impresión auditiva semejante, el ruido metálico de una cuchara en un plato lo regresa de inmediato a ese ruido metálico que escuchó en el tren. Esas repeticiones de la memoria involuntaria lo llevan a un éxtasis y a la necesidad de un esclarecimiento final. El paso en falso atrajo todas las demás experiencias idénticas que se han repetido a lo largo de la vida y lo llevan a momentos del pasado:

¿Nada más que a un momento del pasado? Acaso mucho más; algo que, común a la vez al pasado y al presente, es mucho más esencial que los dos. En el transcurso de mi vida, la realidad me había decepcionado muchas veces porque, en el momento de percibirla, mi imaginación no era mi único órgano para gozar la belleza, no podía aplicarse a ella, en virtud de la ley inevitable que dispone que solo se puede imaginar lo que está ausente [...] Y he aquí que, de pronto, el efecto de esta dura ley quedaba neutralizado, suspendido, por un expediente maravilloso de la naturaleza que

hizo espejear una sensación [...] a la vez en el pasado, lo que permitía a mi imaginación saborearla, y en el presente en donde la sacudida efectiva de mis sentidos por el ruido, el contacto de la servilleta, etc., añadió a los sueños de la imaginación aquello de lo que habitualmente carecen: la idea de existencia, y, en virtud de este subterfugio, permitió a mi ser lograr aislar, inmovilizar –lo que dura un relámpago– lo que no se apreciaba jamás: un poco de tiempo en estado puro [...] Pero si un ruido, un olor, ya oído o respirado antes, se oye y se respira de nuevo, a la vez en el presente y en el pasado, reales sin ser actuales, ideales sin ser abstractos, en seguida se encuentra liberada la esencia permanente y habitualmente oculta de las cosas, y de nuestro verdadero yo [...] se despierta y se anima al recibir el celestial alimento que le aportan. Un minuto liberado del orden del tiempo ha recreado en nosotros, para sentirlo, al hombre liberado del orden del tiempo. Y se comprende que este hombre sea confiado en su alegría, aunque el simple sabor de una magdalena no parezca contener lógicamente las razones de esta alegría; se comprende que la palabra muerte no tenga sentido para él: situado fuera del tiempo ¿qué podrá temer del futuro? (Proust, 2017, pp. 240-241)

Volvamos atrás un momento. Estas meditaciones las realiza Marcel en la biblioteca del palacio del príncipe de Guermantes. Había llegado a pie al patio del palacio, porque deseaba caminar un poco. Lo recibe un criado, pero no lo pasa al salón porque la princesa de Guermantes ha ordenado no abrir porque los músicos están ejecutando una pieza musical.

Marcel medita en la biblioteca. Llegó caminando al palacio de Guermantes y un criado lo había recibido, pero no le permitió entrar al salón debido a una orden de la princesa, que no deseaba interrupciones mientras los músicos ejecutaban una pieza musical. Cuando al fin pasa al salón su sorpresa es mayúscula. No reconoce a nadie, no sabe quién es el príncipe de Guermantes, ni identifica a ninguno de los contertulios. Todos han envejecido y han cambiado físicamente de una manera drástica. Pareciera estar frente a muñecos, por la rigidez que la edad ha traído a sus movimientos y a la blancura de su barba y bigote en los hombres y en el cabello rizado de las mujeres:

Muñecos sí, pero muñecos que, para identificarlos con lo que habíamos conocido, había que leer en varios planos a la vez, situados detrás de ellos y que les daban profundidad y obligaban a un trabajo mental ante aquellos viejos fantoches, pues había que mirarlos al mismo tiempo que en los ojos, con la memoria. Muñecos inmersos en los colores inmateriales de los años, muñecos que exteriorizaban el Tiempo, el Tiempo que habitualmente no es visible y que, para serlo, busca cuerpos y, allí donde los encuentra, los captura para proyectar en ellos su linterna mágica. Tan inmaterial como antaño Golo sobre el picaporte de mi cuarto de Combray, así el nuevo y tan irreconocible Argencourt estaba allí como la revelación del Tiempo [...] Y yo, que, desde mi infancia, vivía al día, y había recibido de mí mismo y de los demás una impresión definitiva, me di cuenta por primera vez, por las metamorfosis que se habían producido en todas aquellas, del tiempo que había pasado por ellos, lo que me perturbó por la revelación de que aquel tiempo había pasado también para mí (Proust, 2017, pp. 306 y 309)

Se ha hecho notar por la crítica literaria que la estructura de *En busca del tiempo perdido* presenta una estructura parecida a una colcha parchada, en alusión al gran hueco narrativo en el que nada pasa. Marcel estuvo internado mucho tiempo en un sanatorio y en el ínterin no sabemos nada de él ni de los demás personajes. Marcel menciona que salió de la casa de salud en 1912, pero no nos dice desde cuando se había recluso y nos menciona su salida en 1916, justamente la duración de la Primera Gran Guerra, únicas fechas que menciona en toda la novela. Sabemos que los personajes han envejecido ¡y cuánto! Extendería demasiado el presente artículo si describiera las transformaciones que han sufrido cada uno de los personajes. Proust alargaba cada episodio de “A la recherche...” casi indefinidamente y este último episodio no es la excepción, pero no entraré en detalles.

Para comprender cómo logró Marcel superar ese desencanto de su improductividad literaria, y a las puertas de la muerte se dispusiera a escribir para recuperar el Tiempo, es necesario rescatar dos frases que encierran o explican la génesis de la obra literaria en Marcel: “...todo mi desaliento se esfumó [...] Las [dudas] que me asaltaron un momento antes

sobre la realidad de mis dotes literarias y hasta sobre la realidad de la literatura se disiparon como por encanto” (Proust, 2017, p. 233) y “[...] lo que me perturbó por la revelación de que aquel Tiempo había pasado también para mí” (Proust, 2017, p. 309).

Así pues, descubiertas las dotes literarias del narrador y de que la edad avanzada de sus amistades también él la sufría, era importante ponerse a escribir antes de que la muerte lo sorprendiera por lo que se dedica a redactar febrilmente. Es decir, ha llegado el tiempo de recobrar el tiempo perdido. Marcel pone punto final a su narración con la convicción de que lo que ha narrado es universal, algo que afecta no solo a sus personajes, sino también a sus lectores:

[...] porque a mi juicio, no serían mis lectores, sino los propios lectores de sí mismos [...] mi libro, gracias al cual les daba yo el medio de leer en sí mismos, de suerte que no les pediría que me alabaran o me denigraran, sino solo que me dijeran si es efectivamente esto, si las palabras que leen en ellos mismos son realmente las que yo he escrito. (Proust, 2017, pp. 442 y 443)

Conclusiones

Según Proust hay dos tipos de recuerdos: el voluntario y el involuntario. El primero es como el que se describe en una de las entradas del *Diario* de los Goncourt, donde se publica una reseña de una fiesta realizada en casa de madame Verdurin; se realiza el inventario detallado y realista de los personajes, sus acciones y el ambiente que los rodea. Estas descripciones realistas, detalladas y sin alma no son lo que él (Marcel) piensa que es la literatura, porque no tienen vida, no tienen alma. En otra reflexión relata la ocasión en que se pone a mirar una serie de fotografías y el recuerdo que le despiertan es un recuerdo de sucesos y personas sin emoción, sin vida. Este descubrimiento lo desanima en su afán de ser escritor. Si eso es literatura, dice, renuncio a mi afán de convertirme en escritor.

El recuerdo involuntario, en cambio, sobreviene espontáneamente, motivado por un estímulo que despierta en la mente del sujeto que la experimenta, una serie vívida de sucesos, en la que intervienen, en el caso muy particular del narrador, la dicha inexplicable, el deseo de repetir la experiencia y el

deseo de aislar un “poco de tiempo en estado puro”, según Proust.

La experiencia de la magdalena mojada en el té de tila le despierta a Marcel todo Combray, el pueblo normando donde pasaba de niño sus vacaciones de verano. El tropezón en la baldosa desaparece en el patio del príncipe de Guermantes, le evoca las bellezas de la plaza de san Marcos en Venecia. El crujido de la servilleta almidonada al momento de desdoblarla para llevarla a los labios le trae el recuerdo de Balbec, el pueblo costero en que pasaba el verano cuando era ya adulto joven, y el tintineo de la cuchara de plata, el golpe del martillo contra la rueda del tren.

Cada uno de estos recuerdos vienen acompañados de los personajes que pueblan su novela y con ellos la trama. Mencionarlos a todos es una tarea titánica, pues son más de setecientos, todos inventados, salvo dos a los que Proust quiso reconocer su honestidad y sencillez. Así, desfilan en las páginas de “A la recherche...” la madre, la abuela (el padre se menciona, pero nunca aparece), Charles Swann, Odette de Crecy, Gilberta, Saint-Loup, Oriana, madame Villeparisis, Basin, Charlus, Morel, Jupien, Albertina, madame Verdurin, Bergotte, Elstir, Vinteuil, mademoiselle Vinteuil, Andrea, madame de Sazerat, etcétera, y con ellos todas sus problemáticas.

Gracias a que se repite la experiencia de la magdalena, pero con otras situaciones sensoriales, la servilleta almidonada, el choque de la cuchara con el plato y el tropiezo con las losas desiguales del patio del hotel de los Guermantes, se produce en Marcel una experiencia casi mística en la que logra visualizar todo lo vivido desde su niñez hasta su edad adulta, comprende lo que es la verdadera literatura: la literatura es vida. Pero justamente vida es lo que menos le queda. Lo comprende tardíamente y se dedica de lleno a recuperar el tiempo vivido.

Proust desconfió durante mucho tiempo de sus capacidades y, por otra parte, sus ocupaciones sociales le consumían mucho tiempo. Su atención estaba dispersa en duquesas y princesas y en la vida de los salones literarios donde se desarrollaba la vida social parisina, que no le daba un instante de reposo. La literatura exige soledad y recogimiento, lo que Proust entendió muy tarde, pero lo aceptó y escribió hasta sus últimos días para recuperar el

tiempo perdido. Inició su “A la recherche...” el mes de julio de 1909. Aquel hombre frívolo, perezoso y débil, al fin se había propuesto iniciar una obra que no ofrece respiro a su autor y al lector. Como lectores nos preguntamos de dónde saca el autor tanta capacidad y voluntad de narrar, tan vivo entusiasmo por su destino.

Alcanzó a ver publicados los primeros cuatro volúmenes de su inmortal novela. “La prisionera”, “La fugitiva” y “El tiempo recobrado” se publicaron póstumamente. Las abundantes papeletas que Proust añadía después de revisar las galeradas son muy notorias en las últimas tres partes de su obra. Algunas papeletas están fuera de contexto. Una edición cuidadosa las ha integrado en el lugar correspondiente.

Referencias

- Méndez, F. (2016). El tiempo recobrado de Marcel Proust. *Letralia, tierra de letras*. <https://letralia.com/articulos-y-reportajes/2016/11/17/el-tiempo-recobrado-de-marcel-proust/>
- Pérez Reyes, C. A. (2025). “Marcel Proust: ‘En busca del tiempo perdido’ (cuarta parte): ‘Sodoma y Gomorra’ o el mundo de la homosexualidad en la aristocracia finisecular francesa”. *Reforma Siglo XXI*, 32 (124), 71-81.
- Pérez Reyes, C. A. (2025). “Marcel Proust: ‘En busca del tiempo perdido’ (quinta parte): ‘La prisionera’ o los celos como tema literario universal. *Reforma Siglo XXI*, 32 (125), 77-87.
- Pimentel, L. E. (2022). “Muerte y transfiguración de un gran autor. El legado de Marcel Proust” [Ciclo de conferencias, sesión 6]. culturaendirecto.www.unam.mx
- Proust, M. (2017). *En busca del tiempo perdido 7: “El tiempo recobrado”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2018). *En busca del tiempo perdido 2: “A la sombra de las muchachas en flor”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2019). *En busca del tiempo perdido 4: “Sodoma y Gomorra”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2021). *En busca del tiempo perdido 3: “El mundo de Guermantes”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2021). *En busca del tiempo perdido 5: “La prisionera”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2021). *En busca del tiempo perdido 6: “La fugitiva”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2022). *En busca del tiempo perdido 1: “Por el camino de Swann”*. Alianza Editorial.



Un joven Marcel Proust (izquierda) con amigos en los jardines de la mansión Cour Brûlée en 1892, en una demostración de su vida cotidiana de clase alta, de la que tanto habla en su monumental obra. Fuente: El Mundo.